



LA RAZÓN HISTÓRICA

Revista hispanoamericana de Historia de las Ideas

ISSN 1989-2659

Número 58, Año 2023, páginas 195-205

www.revistalarazonhistorica.com

MEMORIA, PATRIMONIO Y VIDA COTIDIANA. UN ESTUDIO ETNOGRÁFICO SOBRE EL HÁBITAT EXCAVADO EN LA PROVINCIA DE JAÉN

José Luis Anta-Félez
Universidad de Jaén

Miguel Ángel Carvajal-Contreras
Universidad de Granada

María del Carmen Sánchez-Miranda
Universidad de Jaén

Resumen: En el presente artículo tratamos de llevar a cabo una aproximación a la relación entre memoria, patrimonio y oralidad mediante un estudio de caso etnográfico sobre la vida cotidiana en una zona de hábitat excavado en la provincia de Jaén.

Abstract: In this article we try to carry out an approach to the relationship between memory, heritage and orality through an ethnographical case study about daily life in an area of excavated habitat in the province of Jaén.

Palabras clave: Andalucía, Hábitat excavado, Memoria, Patrimonio, Vida cotidiana.

Keywords: Andalusia, Daily life, Excavated Habitat, Heritage, Memory.

1. Introducción. Memoria oral y patrimonio

Un aspecto de la oralidad que puede destacarse, además de su valor para acercarnos al ámbito de narraciones populares como las leyendas, los cuentos, los romances y las canciones, es que nos permite acercarnos a las vivencias de los habitantes de una comunidad y por lo tanto a lo que habitualmente denominamos como sus «historias de vida», basadas en su vida cotidiana y en sus experiencias personales. Dichas historias de vida, que han sido un ámbito de interés especialmente para científicos sociales e historiadores en su afán por conocer la vida cotidiana y los acontecimientos destacables en sus lugares de investigación, entran en conexión con los elementos socioculturales que conforman la cosmovisión o *ethos* del lugar o del grupo humano en cuestión y con las vivencias que o bien han sido transmitidas por tradición oral o bien han sido vividas en primera persona. La oralidad permite imbricar por lo tanto la memoria individual y colectiva con aspectos patrimoniales, especialmente aquellos vinculados al patrimonio etnológico, pero también a través de la misma podemos comprobar cuáles han sido las relaciones entre la sociedad y el patrimonio histórico-artístico local.

Las vivencias personales o que han sido transmitidas durante varias generaciones son registradas por el investigador a través de entrevistas habitualmente semiestructuradas, es decir que parten de una serie de cuestiones en común pero que se van adaptando a la memoria y a las vivencias particulares de cada persona entrevistada, y que en ocasiones pueden realizarse de forma grupal además de individualmente, especialmente si queremos contrastar los recuerdos y las percepciones que cada individuo del grupo tiene acerca de la materia en cuestión que nos hallemos investigando, como hizo el antropólogo Carmelo Lisón en relación al mundo mítico y simbólico en Galicia (Lisón, 2004). Lo que se pretende con este tipo de entrevistas grupales es obtener la mayor cantidad de información posible sobre el fenómeno que se investiga y a la vez poder observar qué aspectos comparten y qué aspectos no comparten en su memoria y sus impresiones sobre aquello que se pregunta.

La forma habitual por la que se llevan a cabo este tipo de investigaciones es por tanto el trabajo de campo etnográfico. La etnografía permite investigar los diversos ámbitos de comportamiento social y cultural en profundidad a través de una estancia en el lugar de estudio, que puede tener mayor o menor duración según el tiempo y los medios de los que se dispongan y de la cantidad de aspectos que se deseen investigar en cuestión, y suele combinar la observación participante con la realización de entrevistas. A través de las entrevistas se logrará obtener información sobre lo que se investiga, aunque se pueden extraer además datos sobre la vida de la persona y sobre la cotidianeidad del lugar por lo que se puede lograr un mayor conocimiento del pasado reciente y de la situación actual tanto del individuo como del colectivo. En el caso que nos ocupa será la entrevista de carácter etnográfico la que nos permita acercarnos al aspecto que vamos a abordar en este texto, la memoria y la descripción etnográfica en relación a una forma de hábitat en un pasado no muy lejano en un municipio de la provincia de Jaén, de forma que

observaremos cómo se pueden conocer, a través de la memoria oral, los usos que han tenido los elementos patrimoniales a lo largo del tiempo, centrándonos en este caso en el hábitat excavado.

En el caso del estudio de la vida cotidiana, la memoria oral nos ayuda a comprender y adquirir un mayor conocimiento sobre los aspectos socioculturales que conforman la misma a través de la experiencia individual y colectiva del grupo en el que nuestro entrevistado o entrevistados se insertan, suponiendo la oralidad en muchas ocasiones la única forma de acceder a dicha información ya que otras fuentes, como las hemerográficas y las archivísticas, no recogen dichos aspectos cotidianos sino que se centran habitualmente en los que tienen relación con la vida y los discursos emitidos por las élites, reproduciendo las narrativas oficiales y hegemónicas de cada sociedad y de cada momento histórico.

La cotidianeidad, al permitirnos conocer el día a día de las personas que integran el grupo, la sociedad a nivel más macro o más micro que nos hallemos investigando, nos arrojará pistas sobre la forma de entender las múltiples aristas de la realidad en la que viven y en la que se desenvuelven, como pueden ser la forma de alimentación, las formas de poder locales, la relación entre el individuo y el colectivo, las normas morales que rigen el grupo, la tradición oral que conforma una parte relevante de su cultura, el ciclo vital y los oficios que se ejercen, las creencias y los rituales festivos que se celebran o, como en el caso que nos ocupa, la forma de habitar el territorio en el que se encuentran. Lo cotidiano no sigue siempre una línea bien definida que se vaya reproduciendo día a día tal cual, sino que se ve interrumpido por los momentos de celebración de carácter cíclico en muchos casos y por determinadas acciones que pueden no depender del individuo ni de la sociedad en la que vive. Además de esto, la percepción acerca del propio tiempo, de la dimensión cronológica de la existencia, adquiere connotaciones diversas según la cultura en cuya cosmovisión nos hallemos. De esta forma, el tiempo, o las acciones que transcurren en un marco temporal, pueden tener una dimensión lineal o no tenerla, y la idea de ciclo que se repite puede ser la preponderante.

En cualquier caso, la investigación acerca del fenómeno de la vida cotidiana en sociedades como la occidental, donde ésta tiene una significación vinculada a la trayectoria vital y a la repetición de las acciones diarias, ha sido de interés y lo sigue siendo para aquellas investigaciones que se centran en conocer las formas de vida durante épocas del pasado, como ocurre en el caso español con el franquismo y la transición democrática, y que pueden aún contar con la memoria de las personas que vivieron dichos periodos al igual que investigadores como Jerome Mintz o Ronald Fraser pudieron contar hace medio siglo con los testimonios de quienes habían vivido el periodo republicano y la Guerra Civil.

De esta forma, la memoria oral adquiere una dimensión patrimonial, al ser un elemento que puede conservarse mediante su registro y que requiere de la voluntad de investigarla y de preservarla para las generaciones futuras, algo que en parte se está logrando mediante las investigaciones etnográficas promovidas por determinadas instituciones, de carácter autonómico en el caso español por regla

general, vinculadas al estudio de la diversidad lingüística, de las características sociopolíticas y socioculturales en los diversos territorios o de iniciativas locales que cuentan con el apoyo de los ayuntamientos y las diputaciones provinciales, asociaciones culturales, museos etnográficos y revistas centradas en algunas regiones.

En nuestro caso la investigación de la que es fruto este trabajo ha sido llevada a cabo por un equipo de miembros de la Universidad de Jaén y la Universidad de Granada, coordinados por el profesor José Luis Anta Félez, coautor de este artículo. La investigación fue llevada en el municipio giennense de Villanueva de la Reina, situado en la comarca de La Campiña, al noroeste de la provincia, y se centró en una investigación etnohistórica y etnográfica sobre el hábitat excavado (cuevas) de Lituergo y la memoria de varios vecinos en torno a la misma, a través de entrevistas de las que se pudo extraer la descripción etnográfica que se mostrará más adelante.

2. Memoria y etnografía

En la labor etnográfica de investigación con testimonios orales se pueden destacar algunos aspectos a tener en cuenta que atañen a la relación de la oralidad con la memoria, tanto la individual como la colectiva. La memoria ha venido suponiendo un elemento de interés para las investigaciones sobre el pasado reciente, por lo que ha supuesto un elemento de reflexión desde hace décadas. Ya durante la primera mitad del siglo XX encontramos algunos estudios, especialmente en el ámbito norteamericano, que recogen testimonios de pueblos nativos, de los últimos supervivientes de la época de la esclavitud y de habitantes de diversos estados que podían aportar información sobre cómo había sido la vida durante los decenios precedentes en el medio rural estadounidense. Las entrevistas, en base a las cuales se pretendía elaborar una gran cantidad de historias de vida que fueran compiladas en monografías sobre los diversos aspectos sociales tratados, quedaron archivadas en la Biblioteca del Congreso, debido a que la Segunda Guerra Mundial interrumpió los planes y solamente serían publicadas dos monografías (Álvarez Roldán, Martínez Casanova y Martínez Rossi, 2008). El planteamiento del que partían los investigadores de la época era que a través de la memoria, transmitida oralmente, de las personas entrevistadas se podía reconstruir el pasado colectivo de forma fidedigna. Por lo tanto, dicho planteamiento de carácter positivista no tenía en cuenta la fragilidad que en ocasiones puede mostrar la memoria, ya que no todos los acontecimientos vividos o de los que se tiene noticia son habitualmente recordados en su integridad y la memoria es selectiva, y la subjetividad individual es un hecho a tener en cuenta en tanto que puede modelar el relato que se nos ofrece (Amezcuá, 2005). Nos hallaríamos, por lo tanto, más que ante un relato histórico como tal ante una «etnografía de la memoria». Esto no obsta para que podamos otorgar verosimilitud a lo que se nos narra, ya que dichos testimonios se insertan en la cultura y la experiencia personal de cada persona entrevistada, que en la terminología antropológica clásica ha sido denominada como «informante». El interés no estaría, teniendo en cuenta que la memoria oral puede ser

complementada con documentos de carácter histórico para observar el mayor o menor nivel de veracidad histórica, tanto en su historicidad precisamente, sino en el interés que nos ofrece en el plano etnográfico, a la hora de observar cómo la vida cotidiana de otro tiempo puede ser recreada y transmitida (Apalategi, 1987).

Las relaciones entre las disciplinas histórica y antropológica no han sido siempre todo lo fluidas que hubiera sido deseable para el desarrollo de ambas, especialmente por la tradición funcionalista británica que se basaba en la noción del «presente etnográfico» y en la idea de que la disciplina antropológica se debía encargar específicamente del estudio de los pueblos «primitivos» con una perspectiva sincrónica sin prestar una especial atención al pasado. Sin embargo, a partir de mediados del siglo XX en adelante tanto la etnohistoria como la antropología histórica irían teniendo un paulatino desarrollo a ambos lados del Atlántico (Jiménez Núñez, 1978), tanto en América Latina y del Norte como en Europa, y la memoria oral vinculada tanto a la historia oral como a la investigación etnológica iría adquiriendo relevancia (González Alcantud, 2019).

El debate sobre la fiabilidad mayor o menor de los testimonios orales ha ocupado parte de la reflexión sobre este ámbito, especialmente entre los historiadores. Los antropólogos también lo han abordado, pero se han centrado sobre todo en cómo se construyen los relatos de vida, cómo se transmiten y en la relación entre la memoria individual y la colectiva, a través de elementos de conciencia grupal que son compartidos entre los miembros de un grupo (Del Valle, 1999).

Ciertos elementos culturales, aprendidos y que en buena medida también dependen del ámbito ecológico en el que se sitúan individuo y sociedad, condicionarán la forma de construir la memoria en base a aquello que se considere como más relevante y aquello que se considere que puede relegarse a un segundo plano, para cuyo conocimiento habrá que hacer un mayor esfuerzo de disuadir a la persona de la relevancia que puede tener para la investigación, aunque personalmente no sea relevante o culturalmente pueda ser menos trascendental a la hora de entender el propio contexto y de narrar las experiencias vitales personales (Díaz Viana, 2005).

Además de las implicaciones culturales en este ámbito, al abordarlo entran en juego la propia memoria de la persona, que puede permanecer más o menos clara a lo largo de los años y almacenar una mayor cantidad de recuerdos, y las circunstancias personales que hayan podido influir en el ejercicio de dicha memoria, por ejemplo, a la hora de contar los cuentos o cantar las canciones. Algo similar podemos encontrar en los testimonios que hacen referencia a la vida cotidiana y a otros aspectos de la trayectoria vital de la persona en cuestión, cuya transmisión dependerá de los condicionantes de la misma y del estado de su memoria.

3. El lugar de estudio. Localización y aproximación etnográfica

En el caso que nos ocupa el lugar de investigación escogido han sido las denominadas «Cuevas de Lituergo», situadas en el término municipal de la localidad

de Villanueva de la Reina, en el área noroeste de la provincia de Jaén, que pertenece al partido judicial de Andújar y a la comarca de La Campiña. Dicho complejo de cuevas o viviendas-cueva, excavadas en el terreno rocoso, se remontan a varios siglos de antigüedad y han sido habitadas hasta mediados del siglo XX. El proceso de investigación se ha llevado a cabo mediante una reconstrucción del hábitat excavado en base a la observación de campo y los propios testimonios, siendo éstos los que se han utilizado para elaborar la información de carácter etnográfico sobre la vida cotidiana en dicho lugar que presentamos a continuación.

Las cuevas se sitúan en un paraje natural en el término municipal de la localidad, la cual podemos enmarcar en el concepto de *agrotown* o agrociedad, es decir una población de dimensiones considerables en la que se manifestaría el *continuum* campo-ciudad entre lo rural y lo urbano (Anta, 2008). Las cuevas se sitúan en las cercanías del río Guadalquivir y son en torno a una cincuenta, durante la posguerra llegaron a albergar a casi doscientas personas y ahora suponen un aliciente patrimonial y turístico para el entorno, que se ha dedicado tradicionalmente a la producción agrícola, especialmente vinculada al olivo. Cabe destacar que el hábitat excavado goza de una considerable extensión en el sureste peninsular y que supone una buena muestra de la adaptación de la arquitectura vernácula al entorno (Urdiales, 1985; Sorroche, 2004).

A pesar del hambre y la escasez sufridas durante bastante tiempo en las cuevas, existió un sistema de cultivo y crianza de animales, tiendas y algunas formas de buscarse el sustento que surgieron de la desesperación de los años de posguerra. Entre los animales que habitaban en las cuevas como recurso alimenticio se encontraban cerdos, pollos, gallinas, pavos, etc. Éstos vivían en cuevas pequeñas adosadas a las cuevas en las que habitaban los vecinos. Durante las épocas de recolecta de los frutales en la finca «El Cortijuelo» los habitantes de las cuevas que a su vez eran jornaleros, se dedicaban a recolectar diversos frutos como albaricoques, melocotones, naranjas y de dicha finca se llevaban de esta misma fruta para alimentarse. Generalmente se alimentaban de lo poco que compraban y de lo que ellos tenían o robaban debido al hambre sufrida durante la posguerra. Lo que comían más a menudo eran naranjas y bacalao en salazón, haciendo con estos productos una especie de pisto. Solían comer generalmente los productos que había de temporada.

El pan era guardado en tinajas para que se mantuviese y durase más tiempo y con la carne se hacía algo parecido, siendo guardada en orzas de barro con aceite. Para poder enfriar la bebida, agua y vino fundamentalmente, depositaban las botellas en el río o en un pozo. Había dos fuentes, una situada en una especie de plaza y otra ubicada más al norte en dirección a las cuevas apodadas «El Santo Cristo». A la hora de cocinar utilizaban el aceite que elaboraban ellos mismos. Cruzaban el río para recoger las aceitunas, posteriormente las machacaban, las metían en una talega y las prensaban con piedras, colando el jugo con una media para que quedara más suave. En la misma talega o en botellas de cristal lo enterraban bajo tierra para que no lo confiscara la Guardia Civil, que iba a registrar a las cuevas cada poco tiempo, ya que

testificaban contra ellos vecinos del pueblo o presuntos ladrones. Buscaban también raíces de olivo para plantarlas y poder obtener una mayor cantidad de aceite.

Se elaboraban pucheros con lo que tenían a su disposición. La carne de cerdo se consumía cuando se hacía matanza, constituyendo una fiesta que se solía hacer una vez al año. No todas las familias la hacían, pero cuando se hacía una matanza se reunían algunas familias y durante esos días se elaboraban las morcillas, los chorizos y se comía parte del cerdo mientras tanto. Las gallinas y conejos eran consumidos con mayor frecuencia, formando parte de la dieta cotidiana. Se cocinaba en unas trébedes puestas en un fuego con leña. Normalmente el fuego se realizaba en la calle, pero los días de lluvia se hacía dentro, por lo que se pueden observar los techos negros en el interior de las cuevas, aunque se utilizaba un tubo para hacer salir el humo.

Los habitantes de las cuevas trabajaban durante el día en el campo, por lo que realizaban la comida más fuerte por la mañana antes de ir a trabajar y al volver hacían otra. Por la noche hacían la comida caliente, que consistía habitualmente en puchero. Esto se debía a que las mujeres elaboraban la comida cuando venían por la noche ya que al medio día los jornaleros se llevaban una merienda que era lo que comían cuando descansaban de las tareas agrícolas. Algunos de los habitantes de las cuevas tenían unas pequeñas parcelas en el llano y allí cultivaban un pequeño huerto del que se alimentaban sus familias. En el huerto plantaban tomates, pimientos, sandías, melones, etc., aunque en la orilla del río también plantaban tomates y algunas hortalizas.

En las cuevas utilizaban diversos tipos de trampas para cazar, pero nunca utilizaban armas como escopetas, ya que sólo uno de los habitantes de las cuevas disponía de una. Para cazar utilizaban trampas como costillas, cepos y lazos, aunque también utilizaban una resina llamada «liria» que se iba rociando por las ramas para que los pájaros quedasen atrapados. Para pescar muchos de ellos intentaban hacerlo con las manos, si bien uno de los vecinos utilizaba una planta llamada «verde lobo», machacando sus hojas y echándolas a las charcas donde había peces y éstos salían a flote.

La vida cotidiana en las cuevas era monótona, prácticamente todos los días se desarrollaban las mismas actividades por parte de sus habitantes. Se levantaban con la salida del sol para ir a trabajar y antes de marcharse se preparaban algo para comer y para llevarse al lugar de trabajo, que mayormente se encontraba en los alrededores. La jornada laboral duraba hasta el anochecer por lo que la escasa vida social se desarrollaba en el mismo trabajo. De vuelta a casa aprovechaban para recoger leña y colocar trampas para cazar algunos animales. Una vez en la cueva se cenaba y se dormía hasta el día siguiente. Este era el día a día de los trabajadores, donde la mayor actividad y la de mayor importancia para subsistir era trabajar para poder alimentarse.

En cuanto a las personas que permanecían en las cuevas, las cuales en su mayoría eran mujeres y niños, tampoco se puede decir que sus relaciones desde el punto de vista social eran muy intensas. La familia estaba organizada y cada miembro tenía

unas funciones específicas. Los niños se encargaban del cuidado de los animales y cuando terminaban sus tareas se reunían para jugar en «la plaza» o se bañaban en el río, si bien conforme iban creciendo iban comenzando a realizar las tareas del padre y lo acompañaban para realizar las labores del campo. La infancia era corta pues a la edad de diez años aproximadamente muchos niños ya tenían que ir a trabajar como los adultos. Las funciones de las mujeres eran muy claras y se regían por la división del trabajo asignada a cada género. Debían tener todo preparado para cuando el hombre regresara al hogar y debían cuidar de los niños, además de realizar labores como lavar en el río, abastecerse de alimentos mediante pequeñas compras, mantener limpio el hogar, preparar la comida y en muchas ocasiones ocuparse de los animales.

Como relatan familiares y habitantes de las cuevas, las relaciones entre los vecinos del pueblo y los de las cuevas era generalmente bastante buenas. Éstos últimos acudían al pueblo a comprar, al médico, asistían a las fiestas, etc. Algunas personas del pueblo iban a las cuevas a visitar a amigos o para ejercer su profesión, como un vecino que era peluquero y se trasladaba al lugar algunos domingos. Aunque todas estas buenas relaciones no obstan para que en alguna ocasión hubiera algún problema entre ellos, que se subsanaba rápido sin la necesidad de la intervención de la Guardia Civil, la cual según cuentan si pasaba por allí era solamente para realizar su trabajo y hacer la ronda.

Esta vida *a priori* monótona se enriquecía con una serie de costumbres que se realizaban en algunos días a modo de descanso de las labores y de disfrute de los habitantes de las cuevas. Pasamos a relatar algunas de estas costumbres y fiestas tal como las recuerdan las personas entrevistadas. Los vecinos de las cuevas asistían cuando les era posible a la romería de la patrona del pueblo, Santa Potenciana, la cual empezó a celebrarse para impedir el traslado de la Virgen a Arjonilla. A partir de la llegada a la zona de una familia adinerada conocida como «los valencianos», iban a misa todos los domingos y celebraban distintas fiestas religiosas en su cortijo. Esta familia se portaba especialmente bien con los vecinos y con sus empleados. La señora del cortijo venía dos veces al año, en Semana Santa y en Navidad, y traía consigo piezas de tela para que se fabricaran ropa los habitantes de las cuevas.

En las cuevas en algunas ocasiones se organizaban bailes al son de la bandurria y el acordeón. Esto, junto con la fiesta de la matanza, rompía con la cotidianidad de la vida en las cuevas. Un vecino tenía una radio y al ser el único que poseía este aparato los vecinos iban a escuchar los programas de la radio a su cueva. Una de las cuevas estaba destinada al consumo de bebidas alcohólicas, como el vino, haciendo las veces de bar y de lugar de reunión de los vecinos. El bar estaba justamente al lado de la tienda de comestibles, donde se compraba artículos de primera necesidad y en ocasiones por la noche se juntaban a jugar a las cartas. Cuando alguien fallecía lo trasladaban en un mula hasta el pueblo y era enterrado en el cementerio de Villanueva de la Reina, donde también se le realizaban todos los actos fúnebres precisos.

Como es habitual cuando existe una convivencia se produjeron muchos sucesos y anécdotas tanto entre los cueveros como entre éstos y los habitantes del pueblo, entre las cuales pasamos a citar las más importantes y de mayor calado para los habitantes de las cuevas.

Entre las anécdotas narradas por las personas entrevistadas encontramos una que fue recordada repetidas veces acerca de la historia de una barca que utilizaban para pasar el río. Un día esta barca se quedó atrapada en mitad del río, encontrándose en ella doce personas que quedaron atrapadas. El problema se subsanó cuando una persona que pasaba por allí les tiro una piedra atada con una cuerda y gracias a ello pudieron llegar a la orilla del río y salvar sus vidas.

En las cuevas, a pesar de la convivencia, había algunos problemas y roces entre los vecinos, siendo uno de los más fuertes el que sostenían dos vecinas que se peleaban de vez en cuando, lo cual para los habitantes de las cuevas en vez de resultar un problema suponía una distracción porque al pelearse los habitantes se ponían alrededor a verlas, lo que les servía de diversión. En una ocasión una de estas mujeres avisó a su marido que no fuera más al pueblo a beber a la taberna y él no hizo caso y se fue a beber al pueblo. La mujer entonces se vistió de hombre y se fue a esperarlo al puente. Cuando su marido volvía borracho y pasó por el puente la mujer le pegó una paliza, yéndose después corriendo a la cueva, y cuando llegó el marido le dijo: «Mira que te dije que no fueras al pueblo que un día de estos te iban a pegar».

En el río había una gran roca que sobresalía de la superficie del caudal del mismo y en temporadas de lluvia cuando subía el nivel del agua y gracias a esta roca las gentes de las cuevas sabían cuándo se podía ir al pueblo. Si la roca estaba cubierta por el agua no se podía ir y si esta no lo estaba podían ir sin ningún problema.

En cada cueva cada familia tenía un molino en donde se producía el aceite, cogían las aceitunas, las machacaban y sacaban el aceite, como antes comentábamos. Este método era clandestino (recuérdese el estraperlo de posguerra) y se dejó de utilizar cuando un día lo descubrió la Guardia Civil. Hubo varios derrumbamientos de cuevas en los cuales murió una mula y una familia quedó casi atrapada, por lo que el ayuntamiento decidió que las familias debían abandonar las cuevas por peligro de derrumbe. Las cuevas se hacían y se ampliaban con la ayuda de los vecinos y ayudaban tanto niños como personas mayores. Algunas tenían dueño y otras simplemente eran habitadas, se heredaban de padres a hijos o se vendían.

Como hemos observado, las cuevas de Lituergo constituyen un espacio patrimonial que estuvo en uso hasta el siglo XX y a través de la memoria oral podemos conocer mejor la vida cotidiana que se desarrolló en el mismo. Los testimonios nos muestran una vida no siempre fácil, en que los habitantes del territorio debían adaptarse al mismo y buscar en su entorno los recursos que permitían su subsistencia. Los espacios que en la actualidad consideramos como parte del patrimonio cultural no siempre son recordados como lugares en los que la vida fuera sencilla, especialmente en el pasado (Prats, 1997). Sin embargo, resulta de interés conocer esta vida cotidiana para comprender cómo una sociedad se relaciona con la

arquitectura que ella misma produce y que se vincula a su memoria colectiva, un elemento fundamental para entender cómo una población establece lazos, a través de sus recuerdos, con su patrimonio más próximo.

4. Conclusiones

Como hemos podido observar a lo largo del texto, la etnografía tiene en la memoria y la oralidad una de sus principales fuentes a la hora de llevar a cabo una investigación sobre un grupo humano, en este caso los habitantes de las cuevas de Lituergo, cuya vida cotidiana y pasado reciente no podría conocerse y reconstruirse si no dispusiéramos de sus testimonios orales, a través de los cuales podemos descubrir su relación con dicho patrimonio arquitectónico. A través de los mismos van discurriendo los recuerdos acerca del trabajo en el campo y en la casa, las formas de buscar los alimentos, los momentos de ocio, las celebraciones y fiestas y las anécdotas que pasan a formar parte de la memoria colectiva de los vecinos.

La memoria de una sociedad está basada en la capacidad que los individuos que la conforman tengan de transmitirla y de generar narrativas que, además de poder ser particulares, tengan nexos en común y puedan generar en cierta medida una noción de comunidad que comparte una cosmovisión, aunque esto no es obstáculo para que puedan existir entre sus miembros algunas fricciones ocasionales, lo que otorga además una visión de conjunto más concisa de dicha comunidad al superar el sesgo del análisis funcionalista que buscaba los aspectos de cohesión grupal sin incidir apenas en los de disensión interna, así como permite romper con la visión atemporal de la misma.

La oralidad como forma que la etnografía tiene de acercarse a la memoria y por lo tanto a ese pasado que es preciso conocer para comprender los procesos de transformación social y cultural, entra en una dimensión de carácter patrimonial al ser puesta en valor a través de la investigación y conformar una parte de la identidad colectiva del pueblo en cuestión, en este caso de Villanueva de la Reina y de la comarca circundante. Este caso etnográfico puede ponerse en comparación con otros tanto de la provincia de Jaén como de otras provincias para comprobar qué aspectos comunes pueden existir y qué aspectos particulares posee el mismo.

El interés que despiertan las fuentes orales a la hora de conocer la vida cotidiana de una población y la transmisión de su cultura (canciones, cuentos, técnicas artesanales, memoria histórica), se acrecenta dado que en aspectos como los que aquí se han tratado se hace preciso recurrir a la memoria de personas de una avanzada edad que en muchas ocasiones son la última generación que puede recordar y transmitir oralmente sus recuerdos y su conocimiento sobre su vida y su entorno en otras épocas, como la posguerra. De la cantidad y la antelación con la que se puedan ir registrando estos testimonios se podrá lograr un mayor conocimiento de ese pasado en relación a la vida cotidiana y a las prácticas socioculturales de la población, especialmente la de zonas rurales, para que las generaciones posteriores

puedan conocerla e investigarla a través de planteamientos metodológicos como el etnográfico que aquí hemos presentado.

5. Referencias bibliográficas

- Amezcuca-Martínez, M. (2005): *Lo que cambian los tiempos. Cultura Popular e Historia Oral en Jaén*. Granada: Fundación Index.
- Anta-Félez, J. L. (2008): *Fiesta, trabajo y creencia. Pensar Jaén desde la antropología social*. Jaén: Universidad de Jaén.
- Apalategi-Begiristain, J. (1987): *Introducción a la historia oral. Kontzaharrak (cuentos viejos)*. Barcelona: Editorial Anthropos.
- Álvarez-Roldán, A., Martínez-Casanova, N. y Martínez-Rossi, S. (2008): *La memoria amenazada. Relatos de vida e historia sociocultural de Puebla de Don Fadrique*. Puebla de Don Fadrique: Ayuntamiento de Puebla de Don Fadrique.
- Del Valle-Murga, T. (1999): Procesos de la memoria: cronotopos genéricos. *Áreas: Revista Internacional de Ciencias Sociales*, (19), 211-226.
- Díaz-Viana, L. (2005): Los caminos de la memoria: oralidad y textualidad en la construcción social del tiempo. *Acta Poética*, 26, (1-2), 181-217.
- González-Alcantud, J. A. (2019): El retorno a la experiencia. La oralidad como técnica política entre la Historia y la Antropología. En: González-Alcantud, J. A. (Ed.). *El rapto de la Historia. Introducción a un debate con la Antropología*. Granada: Universidad de Granada, 325-375.
- Jiménez-Núñez, A. (1978): *Biografía de un campesino andaluz. La historia oral como etnografía*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Lisón-Tolosana, C. (2004): *Perfiles simbólico-morales de la cultura gallega*. Madrid: Akal.
- Prats, L. (1997). *Antropología y patrimonio*. Barcelona: Ariel.
- Sorroche-Cuerva, M. A. (2004): *Poblamiento y arquitectura tradicional en Granada. Patrimonio de las comarcas de Guadix, Baza y tierras de Huéscar*. Granada: Universidad de Granada.
- Urdiales-Viedma, M. E. (1985): La cueva como vivienda. Forma de expresión de la arquitectura popular adaptada al medio geográfico. *Cuadernos Geográficos de la Universidad de Granada*, (14), 85-100.